

UN SIMBOLO DOMINANTE EN LA POESIA DE ALFONSINA STORNI

¿De dónde emana la exquisita belleza, la honda y melancólica dulzura del último mensaje de Alfonsina Storni, su antisoneto titulado *Voy a dormir*? Es un adiós bajo el dintel de la eternidad y sin embargo no es trágico ni desgarrado.

sobre la vida oscura la muerte resplandece

(Fiero amor)

había dicho Alfonsina en lejanos días y en verdad una claridad helénica ilumina esta composición que recuerda por su pureza y su mesura las estelas funerarias del Cerámico de Atenas, aquellas que representan al ausente en el gesto cotidiano: a Hegeso contemplando sus joyas, a un niño dando libertad a un pájaro, a un muchacho en su barca, a dos amigas. Alfonsina se ha grabado a sí misma en sus versos, acurrucándose para el sueño de todos los días y, aún más, se retrotrae a un lejano sueño infantil, aquel sobre el que velaba una nodriza atenta: la que le esponjaba la almohada, alisaba las sábanas, mullía el edredón y, tras amortiguar la luz de la lámpara, se alejaba de puntillas; sola y segura, la criatura fatigada se entregaba en la duermevela a la evocación de las imágenes rientes de su día y antes de que la nodriza se marchara le alargaba la última recomendación para el mundo de

la vigilia. Así es la estela que Alfonsina esculpió para su ausencia :

D'entes de flores, cofia de rocío,
manos de hierbas, tú, nodriza fina,
tenme prestas las sábanas terrosas
y el edredón de musgos escardados.

Voy a dormir, nodriza mía, acuéstame.
Ponme una lámpara a la cabecera;
una constelación: la que te guste;
todas son buenas, bájala un poquito.

Déjame sola: oyes romper los brotes...
te acuna un pie celeste desde arriba
y un pájaro te traza unos compases

para que olvides... Gracias. Ah, un encargo:
si él llama nuevamente por teléfono
le dices que no insista, que he salido...

¿Quién es esta dulce nodriza? No es la muerte, aunque pudiera parecerlo en el primer momento. Es la tierra en primavera, la presencia nutridora del ser de Alfonsina. La muerte sólo está aludida por términos sustituyentes: dormir, salir, y por un atributo: el olvido, forma de disolución del pasado. Todo el resto es singularmente vivo y lleno de resplandor gracias a las palabras que utiliza el poeta: flores, rocío, hierbas, musgos, romper de brotes, cuneo celeste, trinos de pájaro, que alejan del lector toda idea de horror y de espanto, configurando el cuadro del tránsito serenamente, como un regreso o una reintegración.

En apretada síntesis, en la primera estrofa —en la que sólo resultan vagamente estremeecedores esos “dientes” y esas “sábanas terrosas”—, Alfonsina nos da la imagen de sí misma ya dormida bajo la tierra en flor, pero este *bajo* casi parece *sobre* la tierra, tanta luz hay en la estampa, *aunque es de noche*, ya que la que alumbrá es una constelación. ¿De dónde viene, pues, la luz que ilumina estos versos? Pues la traen como un halo todos los atributos primaverales nombrados y

que siempre, en los versos de nuestra poetisa, sonaban junto al “oro precioso de la vida”, en “siestas de oro”, “tardes de oro” y mañanas deslumbrantes (1)

Levanté temprano y anduve descalza
por los corredores; bajé a los jardines
y besé las plantas;
absorbí los vahos limpios de la tierra,
tirada en la grama;

... Afuera, sol como no he visto
sobre el mármol blanco de la escalinata.

(Sábado)

En la segunda estrofa hay una confesión de infinito cansancio; si en la resolución del título la voluntad está aún eriguida, en la segunda estrofa, la energía depuesta pide maternal ayuda. Sentimos que, como en el verso de Quevedo, la muerte “más tiene de caricia que de pena”. Ya entregada al universo — “la vida es una cueva, la muerte es el espacio” había cantado ella misma— puede dormir a la luz de una constelación. Definitivamente sola, —soledad requerida— oírás escuchar la única música celeste que percibió en la vida: el romper de los brotes, el ritmo mágico de la naturaleza entera, el pájaro cuyo canto regala el olvido. Y esta rebelde, que irguió tantas veces su protesta, dirá humildemente: Gracias, aceptando el disfrute de lo que se le da. Cierra los ojos y ya es ella también sustancia primaveral, como lo había prometido:

Pasando el río grande,
esa que te ama
no se muere...
verdea como las ramas.

(Romancillo cantábile)

(1) El léxico de un poeta, esto es, la selección que hace de los elementos reales es siempre un indicio sólido de su gesto vital, de su intuición de la naturaleza. CARLOS BOUSOÑO: *Teoría de la expresión poética*, pág. 139, Editorial Gredos, Madrid.

En los dos versos postreros todavía el espíritu tierno y velador se vuelve al mundo con un último mensaje: una piadosa mentira que sin embargo expresa una íntima verdad, la del símbolo elegido. La forma cotidiana: "he salido" lleva implícita una consoladora seguridad de regreso; si se dice de alguien que ha salido es porque se supone que ha de volver; y de volver en el tiempo justo, a la hora justa.

No es azar que la primavera esté presente en esta poesía ni que sea su sustancia la que recoja el ser de Alfonsina Storni. Toda su vida estuvo regida por esta hora inquieta y turbulenta. Había nacido en plena primavera del hemisferio norte y eligió para morir un octubre nuestro. Pero más allá de esta cronología (o misteriosamente condicionada por ella) Alfonsina veía el mundo en permanente trance de floración y se sentía a sí misma naturaleza trepidante. La primavera es el símbolo insistente, fundamental de su poesía, del que extrae constantemente los elementos para autodefinirse y expresarse, y resultaría monótono sino fuera por la riqueza de atributos que destaca en él para expresar su singularidad vehementemente.

Ya en sus libros iniciales la predilección por el tema primaveral es obsesionante. Aparte de que la palabra primavera se encuentra en casi todas las poesías (2), lo revela también su vocabulario: carmen, jardines, madre selvas, dalias, acacias, amapolas, selvas, frondas, lirios, mirtos, nomeolvides, rosas, retamas, malvón, pomos, miel, panal, abeja, camoatí, néctar, golondrinas, palomas. Pero estos signos no dan por sí solos las características del símbolo. En Alfonsina Storni la primavera no es idílica ni riente sino violenta, áspera; es una auténtica primavera bonaerense; súbita, de lluvias copiosas,

(2) Lo que persigo con esta disección es conseguir destacar las palabras o la palabra que dibuja el carácter o la psique del autor; porque tengo la visión previa de que en cada poeta se repiten obstinadamente ciertos vocablos que son como su germen y a la vez su emblema o símbolo. JOSÉ MORENO VILLA: *Palabras de cuatro siglos*. Cuadernos Americanos, México.

cruzada de vendavales, de sol casi ardiente, sorpresiva, fugaz. Los misteriosos fenómenos eléctricos que constituyen su presencia, los que alzan la savia de las raíces oscuras y elaboran caudales infinitos de materia viva en pocos días, es decir, un renovado milagro flagelante es la primavera de la autora de *La inquietud del rosal*, título ya premonitorio. Una sola vez la miró objetivamente y sin embargo no pudo dejar de utilizar en su pintura los atributos claves que la habían hecho elegirla: es en *Alegoría de la primavera*, antisoneto de *Mascarilla y trébol*, exento, por cierto, del sabor acre y terrible que tienen otras composiciones de este libro. La pupila lúcida de Alfonsina no guarda rencor a la presencia mágica que rigió su vida:

La tierra gira y gira y va a buscarla
a un prado rosa donde está yemando,
y viene a saltos y se trepa al lomo
del mundo y latigüea el viejo musgo,

se hacen trompos los árboles y zumban
y la piedra cojín y canto el agua;
y aprieta el pomo de las golondrinas
y desata la caja de las flores.

Desgremia el cielo sus torzones lila
y cuelgan de ciudades y montañas,
y un tibio, verde viento los ondula.

La mano al hombre en su cintura pone
y aguas de vida súbensele al pecho
y alza el Ensueño largas sus trompetas.

Hay una reminiscencia del mito de Perséfone en los dos primeros versos. Demeter es quien va en busca de esa hija que "viene a saltos" "se trepa" y usa látigo. Ya en *El dulce daño* Alfonsina había dicho:

Primavera es gacela
fugitiva
y furtiva

(Primavera)

En los tres versos siguientes, la autora no hace sino caracterizarse ella misma; "a saltos" es una expresión que usa con frecuencia para dar su realidad más íntima:

Fuera de ley, mi corazón
a saltos va en su desazón
(Frase)

rodar mi sangre a saltos desiguales
(Afinamiento)

y la arremetida enloquecedora que hace girar los árboles como trompos y zumbiar trae a la memoria estos otros versos:

en la punta de un látigo
mi corazón,
danza una danza
en tirabuzón

.
trompo a siete colores
zumba mi corazón

(Danza irregular)

y zumba en mi pasión toda pasión
(Afinamiento)

Los versos siguientes evocan las antiguas dulzuras, tan gustadas, las que configuraron el universo de esta mujer. Hasta *Ocre* puede decirse que el mundo fue para ella una tarde de oro y que no vivió sino en una tierra paradisíaca. No es posible ejemplificar porque ello equivaldría a la transcripción de poemas y poemas. El caudal de dulzuras terrestres enumeradas por Alfonsina es infinito, las estampas primaverales son constantes y algunas de sus más bellas composiciones, aún en *Ocre*, tienen este tema (*Un recuerdo. Septiembre*). En este paisaje, siempre en flor, la presencia humana, por lo general, sobrepone dulzura: palabras —camoatí, manos que destilan dulzuras, miradas bajo las cuales se florece

voy a morir ahogada
por luces y fragancias
(El llamado)

Hasta el daño, es un “dulce daño” y el dolor bienvenido. La inteligencia que prevé, nada puede, contempla la exaltación sin lograr conjurarla:

Pero el corazón mio fue una gota de cera...
Dios, qué pudo esa gota contra la primavera?...
(Fiero amor)

A partir del sexto verso de la Alegoría la violencia parece aquietarse y el tono deja de ser objetivo para volverse soñador y lleno de encanto: piedras afelpadas —el musgo está en la estrofa anterior—, aguas musicales, golondrinas que irrumpen —como en el último verso inquietante de *Han venido*— flores esparcidas y torzales— y no torzones como inexplicablemente dice el antisoneto— levísimos que el viento esparce. Hay un verbo sorpresivo: desgremia y unas imágenes artificiosas con intento de mecanizar presencias quizá demasiado seductoras; las golondrinas salen de un pomo que se aprieta y las flores de una caja que se desata. Creo que en estos versos se defiende la autora de caer en las antiguas redes de la dulce y querida presencia, acaso se esconde también aquí la única agresividad que es capaz de inferir a su símbolo. Por este recurso de la alegoría mecanizada logra éxito en su burla a Eros; aquí el feísmo no alcanza a destruir el encanto. Las golondrinas, las flores y las sedas finísimas están presentes y la piedra será cojín, canto el agua y el viento irremediablemente “verde y tibio”. Ya sin imágenes huidizas y con toda sinceridad el último terceto dice la fatalidad llena de misterio del propio acontecer: en el postrer endecasílabo el Ensueño levantará alto su música clamante, su llamado vibrante y estridente. La primavera queda, pues, fijada como compendio de todas las fuerzas avasallantes contra las cuales el ser no puede rebelarse.

LOS SIMBOLOS DE LA INQUIETUD

La primavera es el símbolo que le sirvió para expresar su naturaleza exaltada é inquieta, pero esta exaltación y esta

inquietud tienen infinitos matices y el símbolo madre se despliega en otros que participan de sus características y tienen algunas notas peculiares. Ellos son el florecer, el fuego y el viento. Como se ve, nuestra poetisa no crea símbolos, utiliza los de la poesía de todas las épocas pero los trata de manera vigorosa y sincera, y de ahí su eficacia.

EL FLORECER

Desde las páginas de su libro inicial esta imagen se encontrará muchas veces:

yo llevo las manos brotadas de rosas
(Este grave daño)

Selvas tengo en el corazón;
árboles gruesos
prietos de ramas;
yuyos, retamas,
flores de malvón,
pájaros en las ramas,
todo eso tengo en el corazón.
(Primavera)

Oh mis dedos florecen
(El llamado)

mi cuerpo tiembla como si fuera
un gran capullo que primavera
prendió en un gajo de rosa té
(Tempestad)

soy esa flor perdida entre juncos y achiras
(Soy esa flor)

enbriéndome de flores como la enredadera
(Bajo tus miradas)

Oh tú que con tus manos puedes tomar mi testa
y hacerle brotar flores como un árbol en fiesta
(Oh tú)

florezco entera... toda luz me toca
mi espíritu-árbol retoña en la siesta
(Siete vidas)

La savia es "la *sangre* de los troncos"

En el aire reseco flota miel diluida
de los árboles bajan zumos de primavera,
la sangre de los troncos su subida acelera
(El parque)

El rosal en su inquieto modo de florecer
va quemando la savia que alimenta su ser
(La inquietud del rosal)

Pues como si raíces me fueran los talones
tu savia de septiembre me sube a borbotones
(Capricho)

Yo fui la planta llena de hojarasca
de torcida raíz, si que bien honda:
un tumulto de savia y su borrasca
donde faltaba fruto puso fronda
(El tumulto)

Las flores, por extensión, son el símbolo de la femineidad:

Se inicia y abre en ti, pero estás ciega
para ampararlo y si camina ignoras
por flores de mujer o espadas de hombre.
(El hijo)

A partir de *Languidez* Alfonsina abandona la imagen
del florecer aunque subsiste en ella la del espíritu-árbol.

EL FUEGO

El fuego es también atributo primaveral porque está visto como exaltación del proceso vital entendido como combustión; algunos de los versos ya citados ilustran este significado.

Asimismo el fuego es el amor, experiencia purificadora, y alude al desasosiego en la forma tremolante de la llama:

Quando he sido vencida por llama destructora,
cuando he sido arrasada por el fuego divino
(Oh, tú)

Bienvenido tu fuego que agosta primaveras
bienvenido tu fuego que agosta los rosales
(Oh, tu)

tanta primavera que no logra llama
para ser quemada
(Lluvia pasada)

que a veces bastan unos pocos sueños
para encender la llama que me pierde
(El divino amor)

en tu fuego revivo, en tu fuego desmayo
(Fiero amor)

Beso, la forma más voraz del fuego
(Odio)

no te quemem tus llamas
(En una primavera)

me consumo en mi fuego
(Queja)

y de la humana, nuestra llamarada
(Letanías de la tierra muerta)

Pasé como una llama entre pálidas luces
un torrente de fuego y un grito fue mi voz
(Pasé)

y la mirada grande que mientras te ilumine
te encienda al rojo blanco y te arda y te calcine
hasta el seco ramaje de los pálidos huesos
(Pasión)

mi corazón
.....
masa redonda, pesada,
ígneas
(Ecuación)

Y en *Mundo de siete pozos* encontramos *Llama* extraño poema en el que la autora revive en sí misma la agonía del Gólgota. En otra composición había dicho:

más que mi propia cruz cargué todas las cruces
(Pasé)

Pero en este poema revive la queja postrera, las heridas, la soledad,

mi queja abre la pulpa
del corazón divino
.....
Ríos de sangre
bajan de mis manos
a salpicar el rostro
de los hombres
.....
Y, eterna,
la llama de mi corazón
sube en espirales
a iluminar el horizonte.

Los dos símbolos se unen en el del ser vegetal en que la vida arde, al que la poetisa acude frecuentemente a lo largo de su obra hasta lograr desenvolverlo plenamente en *Afinamiento*.

Mi alma en su vaso humano incontentada,
va quemando mi cuerpo a llamaradas,
y es un tallo de luz mi carne ardida,
un velo, transparente a las miradas.

Ya se me puede ver tras aquel velo,
crecer el corazón, y en sus canales,
no ya rojizos, que color de cielo,
rodar mi sangre a saltos desiguales:

que de un gemido soy la vestidura;
me yergo, rama heroica, hacia la altura,
y zumba en mi pasión toda pasión.

Música dulce fluyen mis entrañas,
y si el viento me roza las pestañas
ya muerte carne de mi corazón.

Desarrolla aquí una vieja imagen, la de *La inquietud del rosal* y la de *Lluvia pasada* en *El dulce daño*:

sangre borbotea, los pies no se apoyan,
la carne es estrecha y el alma rebalsa;
fluido que ahoga me rodea el cuerpo:
abiertos los poros no retengo el alma

La inquietud, en los primeros versos más de piel que de alma, va ganando con su turbulencia todo el ser hasta alcanzar en su madurez la mayor desazón y congoja. *Afinamiento* es de *Mundo de siete pozos* en el que se inicia su poesía objetiva y sin embargo figuran en él, además de *Afinamiento*, *Frases* y la dramática *Danza irregular*

En la punta de un látigo
mi corazón
danza una danza
en tirabuzón;
en la punta de un látigo
mi corazón.

que termina:

¡Atajadme!
Que me alza
mi corazón.

En la primera estrofa de *Afinamiento* —su autorretrato más tembloroso—, se acumulan las imágenes del fuego: verbos, sustantivos, adjetivos coadyuvan reiteradamente a la vi-

sión de la vida como dinámica combustión destructora. Como si realmente en esa hoguera la carne hubiera desaparecido, se alude al cuerpo como a un "velo transparente" a cuyo trasluz se ve *crecer* el corazón y *rodar* la sangre a saltos desiguales; aquí es la propia alma la llama purificadora con lo cual se ha cumplido un proceso de espiritualización al punto que del ser no queda sino un gemido, el de la rama heroica que asciende, un zumbido de pasión, una música dulce. El ritmo precipitante por el juego de los acentos que exalta justamente las imágenes da el tono patético de este soneto que pudo titularse *Transfiguración*.

EL VIENTO

El viento, fenómeno eléctrico que trastorna el paisaje, mueve también el alma y, a veces, es el alma misma desasosegada.

agua que corre y se entremezcla, siento
el vértigo feroz del movimiento

(Y tú)

alma que como el viento vaga inquieta

.....
Alma que siempre disconforme de ella,
como los vientos vaga, corre y gira;

(Alma desnuda)

Vigíleme los ojos! Cuando cambian los vientos
el alma femenina se trastorna y varía

(Cuando llegué a la vida)

La turbulencia es el movimiento doloroso, es el vértigo. Recuerdese la *Danza irregular*. Pero cuando la vida es armonía, el ser no se siente arrebatado sino llevado dulcemente: es el momento de la danza, forma terrenal del vuelo

Yo danzaré en alfombra de verdura
.....
Yo danzaré como la tierra pura
(Moderna)

en mis pies cobran alas y danzan las tres Gracias
(Tu dulzura)

Y mientras danzo sobre cesped fino
(La dulce visión)

El impulso ascensional marca momentos de exaltación

Voy a volar acaso ya que el alma se mueve?
(Tu dulzura)

mis miembros echan alas
(El llamado)

terrible juventud esta postrera
me alzaba en imantados vuelos...
(Juventudes)

LOS SIMBOLOS TRASCENDENTALES

En la concepción del mundo de Alfonsina Storni no entra la idea de Dios. Ya lo ha dicho Arturo Capdevila^(*). Pero hay sí valores cuya presencia rectora sosiega la angustia, dispensa el olvido de la realidad mancillada y hace participar al alma del ritmo divinamente musical de la vida más alta. Estos valores están simbolizados en su poesía por el cielo, los pájaros y el cuneo, símbolos que también tienen su origen en la primavera porque integran la visión paradisiaca del mundo en momentos excepcionales, exentos de inquietud. Si no son símbolos de la serenidad, lo son, por lo menos, del sosiego.

(*) ARTURO CAPDEVILA: *Alfonsina Storni y su fatalidad*, La Prensa, 13 de abril de 1947.

EL CIELO

El cielo es la belleza y la inocencia. Frente al rostro de un niño, cargado de intenciones, tras las que se agazapa la culpa, el dolor la ahoga; en cambio:

me hiere la mirada
el limpio azul del cielo
y esta visión me lava...
Manos que yo no veo
al alma me desatan
de nuevo; nuevamente
creo en algo: se aplaca,
mi amargura, y de nuevo,
digo, sin entenderlo: Gracias!

(La belleza)

Esta belleza inocente es lo que consuela, lo que salva.
Es inalcanzable pero se sabe que existe:

abrí los ojos: tuve la divina tristeza
de beber con los ojos la celeste belleza

(Fiero amor)

El gesto que tiene para ella categoría humana es el de levantar el brazo hacia los cielos:

Kilómetros en alto la mirada le crece
y ve el astro; se turba, se exalta, lo apetece.
Una mano le corta la mano que levanta.

(El hombre)

Esa Mano, así con mayúscula e indeterminada, cuyo designio se opone al apetito humano de lo absoluto, no es el cielo. ¿Es Dios? ¿Es la indiferente naturaleza? ¿Es acaso intrínseca condición humana? Dijo muchas veces su emoción de la noche y su "deseo de los cielos" (*La via lactea*) y dijo también su escepticismo:

Hay quien dice feliz: La vida es bella.
Hay quien tiende su mano hacia una estrella
y la espera con dulce arrobamiento,

Yo me vuelvo de espaldas...

(Fiesta)

Sin embargo siempre afirmó que la belleza justificaba la vida:

En mis cuencas aún giran los ojos, sostenidos,
y aunque pesados se alzan hacia tu luz, oh cielo! !

(¿De qué me quejo?)

y loará al alma fina del árbol que se eleva tan alto para regalar al viajero una "visión inmaculada"

Pues si busca su extremo tu mirada
te tropiezas, humano, con el cielo.

(La piedad del ciprés)

Cuando quiere dar en una palabra toda la pureza de una adolescente, dirá: *ella es como el cielo (Mi hermana)*. Examina la conducta humana y se pregunta:

¿Cuándo
los jardines del cielo
echarán raíces
en la carne de los hombres,
en la vida de los hombres,
en la casa de los hombres?
No hay que dormir,
hasta entonces

(Voz)

LOS PAJAROS

Los pájaros y su canto, entendido como música ultraterrena, son también la belleza que salva. Quizá prefiera esta música porque no tiene tras sí sustancia humana; en el pájaro la naturaleza es inocente. En la música de los hombres (*Los coros*) Alfonsina no podía olvidar la sustancia terrestre,

llena de sombras, como tampoco podían regalarle la absoluta pureza los ojos de los niños.

Los pájaros le regalan un mensaje más misterioso y escondido que el del cielo, la llevan a una esfera en que el tiempo no existe:

en esta tarde de oro, dulce porque supongo
que la vida es eterna, mientras desde los pinos
las dulces flautas suenan de alados inquilinos
(A un desconocido)

Tampoco existen la muerte, la injusticia, la fealdad:

La muerte no ha nacido, está dormida
en una playa rosa. Mira al griego:
no lo mató la infamia y la cicuta;
vive y sobre el acrópolis enciende.

Quién te dijo que el dedo de la envidia
me rayó de amarillo los vestidos?
Era una mariposa que cargaba
polen de sobra y lo dejó pasando

Oyes? Las ratas en las oficinas
no muerden suela de los directores;
hay una lluvia fina de violetas

secas que caen y producen ruido;
y el desecado corazón del joven
es la manzana heroica de Guillermo.

(Sugestión del canto de un pájaro)

Esa virtud irradiadora de belleza, dispensadora de olvido está presente también en su último soneto en aquel pájaro que traza unos compases "para que olvides". ¿Cómo no recordar aquí aquel "Oh dulce olvido!" que dijera Fray Luis en su Oda a Francisco Salinas?

Oh desmayo dichoso!
Oh muerte que das vida!! Oh dulce olvido!

Dúrase en tu reposo
sin ser restituído
jamás a aqueste bajo y vil sentido!

En *Ocre* hay un soneto en el que una adolescente roba el disco de la luna reflejado en las aguas y huye con él hacia la selva. Iluminada, la ven pasar los árboles, su grito de alegría despierta a las aves y

ejércitos de pájaros cantando la siguieron.
(Verso decorativo)

Los pájaros son también la verdad, la patria del espíritu.
A *Macarilla y trébol* pertenece esta reveladora composición:

Yo no escuché vuestro frugal concierto,
mis pájaros; que vi almenada en oro
una ciudad de espejos y en sus faros
banderas, más que manos, llamadoras.

Y en empinada ronda grandes voces
de acústica pompal; y acerqué el dedo
y cayó la ciudad empapelada
y el aire escribió lívido: Miseria.

Ya estoy de nuevo en vuestro pecho, sola,
y no es mejor que el vuestro, amado vuelo,
el orbital talante de la estrella.

Ya os escucho de nuevo, desasida,
y tú el pequeño mío, cómo cantas
en mi balcón: "por qué me abandonaste?"
(Regreso a mis pájaros)

Quizá porque narra el desvío del alma que posterga siempre lo más bello por seguir alucinada lo que reluce, me ha recordado siempre este poema el soneto de Lope: "Qué tengo yo que mi amistad procuras?". Aquí como en *La belleza* se insiste en la pureza salvadora, en el retorno a lo esencial, a

la belleza que acoge y apenas reprocha a la que es menester
llegar *desasida*, o con el corazón

confesado y humilde y destronado
(Palabras manidas a la luna)

EL CUNEO

Movimiento maternal, cósmico, ritmo esencial, el cuneo es la música que invade el cuerpo y nos hace participar en la armonía celeste. Todo otro movimiento tiene algo de inquietud, sólo en éste está el secreto del sosiego. La enamorada danza, vuela, la tumultuosa corre y gira, la violenta da saltos, pero la madre mece dulcemente :

lo acunas balanceando, rama de aire
(El hijo)

Bien se ve que este ritmo es extraterreno y participa de las calidades de la armonía universal

Y se acunaba sola, dulcemente,
como si arriba una celeste mano
le diera viento mecedor de flores
(Sugestión de una cuna vacía)

te acuna un pie celeste desde arriba
(Voy a dormir)

El mismo adjetivo para la fuerza misteriosa que toca sabiamente pues conoce el compás.

Cielo, música, cuneo no son para esta mujer más que belleza. Para ella, como para Juan Ramón, basta ese nombre.

JULIETA GOMEZ PAZ

Pacheco de Quesada 50, Los Polvorines
(Buenos Aires)

